



EL DESARROLLO INDIVIDUAL Y LA POLARIDAD DETERIORO- CRECIMIENTO EN EL PENSAMIENTO DE ERICH FROMM

DRA. SONIA GOJMAN DE MILLÁN *

Algo que siempre mostró muy abiertamente Fromm fue su preocupación constante y profunda por comprender —desde la perspectiva psicoanalítica— las capacidades más creativas y más destructivas del ser humano. Consideraba que sólo haciéndoles justicia y entendiendo lo que las motiva, se puede abordar cabalmente al hombre como tal: como la criatura suprema de la creación y como el ser más destructor del planeta. Consecuentemente la única manera de llegar a vislumbrar las alternativas y soluciones factibles al futuro del hombre, es apreciando tanto sus talentos específicos como los peligros que enfrenta durante su existencia; su potencial para crecer y desarrollarse así como para deteriorarse y destruir.¹

NECROFILIA-BIOFILIA

Tres son, según Fromm, los fenómenos que constituyen la base de la forma maligna de la orientación

* Agradezco a Nora Figueroa sus sugerencias para el estilo.

¹ Aunque la mayoría de los conceptos de Fromm acerca de la destructividad y creatividad del hombre se pueden encontrar en toda su obra, este trabajo toma particularmente en cuenta: *El arte de amar*, Buenos Aires, Paidós, 1966; *El corazón del hombre*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966 y, *Anatomía de la destructividad humana*, México, Siglo XXI, 1975.

[138]



humana: el amor a la muerte o necrofilia, el narcisismo maligno y la fijación simbiótica incestuosa. Juntos, los tres, erigen el *síndrome de deterioro*, que mueve al hombre a destruir por destruir y a odiar por odiar. Sus opuestos, el amor a la vida o biofilia, la objetividad y la libertad constituyen a su vez el *síndrome de crecimiento*, que induce al hombre a desplegar plenamente sus capacidades más productivas.

Sólo el hombre, por las condiciones específicas de su naturaleza, busca un sentido a la existencia y es esa búsqueda lo que lo distingue del resto de las especies animales. Las “pasiones”, como una categoría específica de la experiencia humana, diferente a la de los instintos que son en el hombre sustituidos por el carácter, son concebidas como inherentes al conocimiento y comprensión del hombre. Incluye esta categoría, además de lo necesario biológicamente para existir, la forma y el ámbito en que se va creando y en el que se resuelve su propia existencia. Por lo tanto, las pasiones humanas enraizadas en el carácter toman en cuenta, explícitamente, la especificidad y particularidad del hombre mismo y de su intercambio dinámico con el ambiente. Lo que define al hombre como especie, aparece aun antes de que su vida orgánica o física esté resuelta. Tanto las necesidades biológicas que comparte con otras especies animales como las que le son peculiares se dan en él simultáneamente y actúan recíprocamente unas sobre otras formando un todo estructurado.

Algunas de las “pasiones” surgen en el hombre cuando las condiciones en que vive son favorables a su desarrollo como hombre-totalidad; y otras, cuando esas condiciones obstaculizan, impiden o desvían el despliegue de su potencial vital. La *biofilia* es la pasión que suele surgir como respuesta al potencial vital primario o primero del hombre, que quiere y tiende a vivir íntegramente cuando encuentra en las



condiciones sociales la posibilidad o el estímulo para dar un sentido pleno a su existencia por medio del amor, la razón y el trabajo productivo.

La *necrofilia*, en cambio, suele presentarse y cobrar fuerza como un recurso secundario del hombre, cuando sus condiciones sociales le coartan u obstaculizan el desarrollo de su potencial primario. Es así que a través del odio a la vida consigue el individuo necrófilo dar un sentido a su existencia. Son por lo tanto los impedimentos sociales para desplegar el potencial biofílico primario los que constituyen la raíz central y más común de la destructividad del hombre, aunque no se niega la participación de otros elementos como, por ejemplo, y de manera importante, el factor hereditario con que pueden conjugarse aquéllos.

Las características que propician la orientación necrófila —presentes hoy en día en todas las sociedades industriales modernas— se refieren a una actitud burocrático-mecánica basada en la cuantificación, abstracción y cosificación, que tiende a administrar fríamente a los hombres. Los principios mecánicos, no de vida, se aplican a las personas como si éstas fueran objetos maleables, números, lo que las hace reaccionar tornándose indiferentes a la vida. Así, en la actualidad se induce socialmente a la atracción por la muerte, no se respeta la particularidad e individualidad de las personas ni se las considera como seres peculiares, únicos. Se tiende entonces en la vida moderna, a tomar los estremecimientos del peligro y la agitación constante como si fueran las alegrías de la vida, a vivir creyendo que se está más vivo cuantas más cosas se posean, usen y consuman, sin percatarse de la profunda indiferencia por la vida en la que se ha caído. Para Fromm, es indispensable saber distinguir estos hechos —captar sensible y sutilmente las motivaciones más profundas (inconscientes) de las personas sin dejarse llevar por las apariencias— para comprender la natu-



raleza y el alcance de las tendencias destructivas del hombre. Sólo el conocimiento fino y cuidadoso de la dinámica inconsciente de la conducta permite comprender y ubicar a la conducta misma de acuerdo con su significado más trascendente. Debe por tanto considerarse que la violencia o agresividad del hombre pueden responder a motivaciones muy diversas —radicalmente distintas entre sí— y que no siempre se refieren, necesariamente, a su destructividad. Es fundamental reconocer entonces que se trata de fenómenos distintos según sea el origen de la agresividad. Una, es la agresión o violencia benigna, que está al servicio de la vida y procura defenderla —y que el hombre comparte con el resto de las especies animales— y otra, la necrofílica, destructiva o maligna, que obedece efectivamente a la veneración por la muerte y no se presenta en ningún otro animal. Sólo el hombre es capaz de matar y actuar con crueldad por el hecho de hacerlo, sin que ello cumpla función alguna para su supervivencia.

Aunque el término necrofilia había sido utilizado anteriormente para describir una perversión muy específica —la atracción sexual o necesidad urgente o inevitable de estar en contacto con cadáveres o cuerpos en descomposición—, Fromm lo concibe como adecuado para definir la orientación caracterológica que está muy comúnmente detrás y como base de toda la estructura psíquica en las personas que sufren de ese síntoma. Orientación caracterológica que puede reconocerse también en otros individuos aunque no lleguen a manifestarla como perversión sexual.

La persona con orientación necrófila, dice Fromm, es aquella que no sólo físicamente sino desde el fondo y de hecho es atraída y fascinada por todo lo muerto: cadáveres, marchitamientos, heces, basura. Es la que se siente vivir cuando se habla de enfermedades, entierros y muertes; el individuo frío, esquivo, devoto de la ley y el orden, que vive en el



pasado sin importarle el futuro, que se apega a todo lo que no crece, a lo que es mecánico, que transforma cualquiera de los procesos sentimentales y vitales en cosas; para quien lo importante es la memoria y no la experiencia, el tener y no el ser, cuyas tendencias lo llevan frecuentemente a una atracción particular por la oscuridad y la noche, a soñar habitual, frecuente y repetitivamente con asesinatos, sangre, cadáveres, desmembramientos y heces; a veces con hombres convertidos en máquinas o que actúan como tales. En ocasiones el indicador clínico más certero suele ser el deseo de desmembrar, partir en trozos o desintegrar estructuras vivas, aunque sea simbólicamente. La ardiente necesidad de control que ahoga a la vida en el acto mismo de controlarla se puede entender como una sensación íntima, profunda e inmensa de temor a la vida, que es de por sí desordenada e incontrolable.

La forma más elemental de la orientación biófila, por el contrario —específica—, es precisamente la tendencia opuesta, la de conservar la vida y luchar contra la muerte. Sus manifestaciones suelen presentarse de muy variadas formas, pues la persona que ama a la vida es atraída por el proceso de vida y crecimiento en todas las esferas. Se ve en el individuo que prefiere construir a conservar; descubrir algo nuevo a confirmar lo viejo; que es capaz de captar el todo y no sólo las partes, las estructuras y no sólo las sumas; que ama la aventura de vivir más que la seguridad y cuyo sentido de la vida es funcional y no mecanicista; que desea estimular a los demás por el amor, por la razón, por su ejemplo y no por la fuerza, no aislando ni administrando a los seres humanos como si fueran cosas; cuya ética, nos dice, es en función de lo vivo: bueno, todo lo que sirve a la vida; malo, lo que sirve a la muerte; virtuoso, lo que la fortifica y alegra; pecaminoso lo que la ahoga, entristece, angosta o parte en trozos; cuya conciencia no dicta vivir en el remordimiento



y la culpa, sino por el contrario y ante todo, impulsa a fortalecer la parte de sí mismo que vibra y ama a la vida; a tomar los errores cometidos como una enseñanza para resolver mejor lo que se presente en adelante; cuya orientación constante es resolver y fortalecer lo vivo en cada paso y no arrepentirse o hacer discursos sobre lo que se debería haber hecho.

La falta de estímulo vivificante, la ausencia de esperanza y un espíritu destructivo general de la sociedad en que se vive son, junto con el factor genético, los elementos que tienden efectivamente a favorecer el desarrollo de la necrofilia. Sin embargo, otro factor que parece sostenible, según Fromm, y que habría que estudiar más a fondo como una de las posibles raíces tempranas de esta orientación, es la *fijación incestuosa maligna*. Ésta se presenta en los niños que nunca desarrollan cercanía, apego erótico y posteriormente sexual hacia la madre y no llegan así a romper la concha narcisista ni a desarrollar un deseo de cercanía con nadie. La fijación incestuosa a la madre significa apego a ella como a un símbolo, como a una especie de fantasma que no tiene vida propia o calor, sino que representa a la tierra, el hogar, la sangre, la raza, la nación o el origen mismo de donde surge la vida y a donde tiende a regresar. El carácter y las tendencias del niño en este sentido suelen combinarse con las correspondientes a la madre y es así, que en su interacción, se pueden potencializar unas a otras hasta producir efectivamente la orientación necrófila o, en el caso contrario, las tendencias biofílicas brotarán hasta florecer y fructificar en una disposición vital, cálida y cercana.

Ni la biofilia ni la necrofilia suelen manifestarse en formas puras. En la mayoría de las personas se da una mezcla de ambas. Lo que interesa finalmente es cuál de ellas predomina y en qué grado, o hasta dónde el individuo está consciente de su orientación y



puede luchar favoreciendo su amor a la vida o, si la niega e ignora, entregándose a su destructividad inconscientemente.

Fromm apunta como una de las raíces de la destructividad humana lo que él llama *quebrantamiento de la fe*, que constituye una experiencia frecuente tanto en la vida del niño como del adulto. El niño, nos dice, empieza comúnmente la vida con fe en la bondad, en el amor, en la justicia; tiene fe en el seno materno, en la solicitud de su madre para abrigarlo cuando tiene frío, para aliviarlo cuando está enfermo. La puede tener en su madre, en su padre, en su abuelo o en cualquier persona cercana e incluso experimentarla como fe en Dios. Esta fe infantil primaria es fe en la vida, en la posibilidad de confiar en ella. En algunos individuos se quebranta a edad muy temprana, cuando se es víctima de frialdad y desapego muy profundos, cuando se es testigo de las mentiras de los padres sobre asuntos importantes, cuando se busca consuelo ante sentimientos de soledad y tristeza y no se encuentra más respuesta que la distancia y la indiferencia. A veces se consolida desde que se es muy pequeño, como autismo infantil, como un rechazo y un apartarse de todo; pero lo más común y no menos determinante es el quebrantamiento definitivo de la fe a edad más avanzada: al ser traicionado por un amigo, por un amante, por un maestro, por un líder religioso o político en quien se confiaba. Rara vez es un solo hecho en sí, más bien son experiencias continuas las que van quebrantando acumulativamente la fe. Algunos logran reaccionar rompiendo los lazos sentimentales de dependencia emocional con la persona que produjo el desengaño y son capaces de encontrar a otros amigos, maestros o amantes en quienes confiar y sentir fe; otras veces lo que sucede es que el individuo se hace escéptico ante el desengaño; algunos se entregan al arbitrio de autoridades poderosas, otros vencen su desesperación mediante la frenética



DESARROLLO INDIVIDUAL Y DETERIORO-CRECIMIENTO 145

persecución del dinero, el poder o el prestigio. Otros, profundamente desengañados y desilusionados, empiezan a odiar la vida; así, no habiendo nada ni nadie en quien creer, si la fe en la bondad y en la justicia no era más que una ilusión disparatada, la vida se torna odiosa, se desea mostrar que la vida es mala, los hombres son malos y uno mismo es malo: de esta manera se consigue anular el dolor del desengaño.

La necrofilia constituye una orientación morbosa del carácter que ha roto todo lazo con cualquier impulso natural a desarrollarse: es la única respuesta a la vida que está en completa oposición con la vida. Es la orientación más patológica y más peligrosa de que es capaz el hombre y es por ello que resulta indispensable reconocerla y conocer su origen; no debe concebirse como un instinto o necesidad general de destrucción presente en todos los seres humanos. El quebrantamiento de la fe es una de las fuentes de desprecio por la vida que suele traducirse finalmente en necrofilia. Reconociéndola, muestra Fromm su cuidado e interés por el significado más profundo de los valores y principios en que puede creer el hombre.

NARCISISMO - OBJETIVIDAD

La persona extremadamente narcisista, nos dice Fromm, es incapaz de ver la situación de los demás como aparte de la suya. Lo más característico en el individuo narcisista es precisamente su falta de interés genuino por el mundo exterior, falta de interés que puede manifestarse de distintas maneras: como rechazo obvio y extremo (cuando se combina con la orientación necrófila y la fijación incestuosa maligna) o, en casos menos evidentes, como aparente bondad y solicitud por los demás, siendo claro, sin



embargo, que lo que hace el sujeto en este sentido es sólo por verse a sí mismo en ese papel y no porque le interese el punto de vista y la situación de los otros. El narcisismo puede manifestarse también como *hipocondría moral* o como *narcisismo negativo*, donde el temor a ser culpable y cargar con los pecados cometidos —por sentimiento de insuficiencia o irrealidad— son la preocupación central o única que aleja a la persona, efectivamente, de su entorno. Otras veces se presenta como *narcisismo corporal*, llegando los que lo padecen incluso a centrar su atención y orgullo en partes de su cuerpo en las que normalmente nadie repararía.

El *narcisismo* individual extremo —grave obstáculo para la vida social— es también una pasión humana que puede darse con gran intensidad —a veces tan poderosa, que sólo podría compararse con el deseo sexual o el deseo de seguir viviendo. Desempeña en su origen una función biológica importante al servicio de la vida. El hombre, nos dice Fromm, necesita atribuirse a sí mismo una importancia muy por encima de la que da a los demás para desplegar la energía y el interés para defenderse, trabajar por su subsistencia y sustentar sus derechos. Un narcisismo óptimo (no el máximo) es indispensable a la supervivencia. Se trata del grado de narcisismo que es compatible con la cooperación social. Es necesario precisar aquí que el narcisismo puede presentarse también como narcisismo de grupo. Cualquier grupo organizado que quiere sobrevivir requiere que sus miembros estén investidos de energía narcisista, es decir, que consideren la importancia del grupo tan grande o mayor que la de sus propias vidas y que crean en la rectitud o aun en la superioridad de su grupo en comparación con otros. Esto implica de hecho el origen común y a veces necesario de la transformación del narcisismo personal en narcisismo de grupo. Sin embargo, uno y otro tipo de narcisismo —individual y de grupo— se pue-



den presentar de manera benigna o maligna, constituyéndose ambos, cuando rebasan ciertos límites, en una fuente importante de destructividad. La distinción entre las dos formas de narcisismo (benigna y maligna) es importante. En la benigna, el objeto de fijación narcisista es el resultado de un esfuerzo personal; así, el interés exclusivo del individuo en lo que es su trabajo y su logro está constantemente contrarrestado por el interés que mantiene por el proceso mismo del trabajo y el material con que lo desempeña. En la forma maligna, por el contrario, el objeto de fijación narcisista no es nada que el individuo haga o produzca, sino algo que tiene; puede ser su cuerpo, su apariencia, su salud, su riqueza, etc. El carácter maligno se refiere justamente a que se carece de cualquier elemento autocorrectivo; así, quien no ha hecho nada encuentra muy difícil, si no imposible, apreciar los logros de otros y está más fácilmente en disposición de aislarse, cada vez más, en un “esplendor” solitario.

El resultado más frecuente y peligroso de la adhesión narcisista (sea individual o de grupo) es la deformación que produce del juicio racional; éste puede, de hecho, llegar a verse totalmente impedido. Como los objetos y los hechos no se valoran de acuerdo con sus características reales, sino con base en el narcisismo —en función de si “soy yo”, “es mío” o “somos nosotros”— y lo que salga de ese apartado pierde valor y sentido, se excluye toda posibilidad de objetividad; sólo se pueden así sustentar juicios tendenciosos, autoinflados y prejuiciosos, aunque se haga inconscientemente. Es en realidad muy raro que la persona narcisista se percate o esté consciente de sus deformaciones. Si, como dice Fromm, quienes lo padecen fuesen capaces de darse cuenta de la distorsión en que basan sus juicios, no sería tan grave su estado, pero lo habitual es más bien que se esté convencido de que no hay tal deformación y de que se es “objetivo y realista”.



Más aún, uno de los elementos patológicos más característicos del narcisismo, y quizá el más delicado que señala, es precisamente la reacción emocional que se desata en el sujeto narcisista cuando se le critica; es comúnmente una reacción de ira, de intensa cólera, de desesperación. Aunque la crítica sea justa y bien intencionada, el individuo narcisista no puede aceptarla, la juzga infundada, producto de un ataque personal y artero. Esta reacción, tan frecuente como poderosa, sólo puede entenderse, finalmente, con base en la sensación íntima y profunda de soledad, de falta de relación genuina con el mundo y el consecuente vivir siempre atemorizado. Da la impresión de que el individuo narcisista siente la crítica (cuando no puede negarle todo valor), como un ataque, como si toda su persona, su integridad y su ser mismo estuvieran en peligro inminente; su reacción particular constituye seguramente el origen más profundo de la mayoría de los enfrentamientos apasionados y violentos entre grupos y entre individuos.

Además, en el caso del narcisismo de grupo —agrega— son más graves sus riesgos y menores las posibilidades de reconocerlo como una pasión desenfrenada. El narcisismo de grupo puede realmente alcanzar dimensiones superlativas; pues dentro de él es halagado el narcisismo personal de todos. Unos a otros alimentan mutua y constantemente su narcisismo apasionado y compartido.

El narcisismo de grupo, que puede presentarse como familiar, religioso, nacional, racial o de partido es, además, según Fromm, un verdadero impedimento para establecer relaciones efectivamente amorosas. Así, el componente narcisista se constituye en el centro de cualquier relación, considerándose este fenómeno como patológico y no como algo que corresponde al amor verdadero; este último no puede de ningún modo basarse en el narcisismo mutuo y sólo puede darse entre personas que se conocen y son



DESARROLLO INDIVIDUAL Y DETERIORO-CRECIMIENTO 149

capaces de sentirse como entidades independientes; es sólo así, libres, que se puede dar la franqueza y el interés mutuos. El narcisismo, además de ser una fuente importante de violencia que escapa a todo criterio o juicio basado en la razón, es un verdadero obstáculo para el amor. Es necesario conocerlo y reconocerlo como tal.

SIMBIOSIS - INDIVIDUACIÓN

Fromm trata la adhesión materna como uno de los fenómenos centrales del proceso evolutivo individual y como una de las principales causas de enfermedad mental; la adhesión preedípica de niños y niñas a sus madres (cualitativamente diferente a la adhesión edípica de los niños) es, de acuerdo con la experiencia clínica, una de las “pasiones” fundamentales en hombres y mujeres. Comprende el deseo de protección, el anhelo de verse libre de los riesgos de la responsabilidad, de la libertad y del conocimiento adulto, con la consecuente necesidad de “aceptación incondicional” (que no se espere nada de uno en respuesta de la actitud, amorosa a todas luces, demandada). Estas necesidades —nos dice Fromm— existen normalmente en el niño, pero no hay que olvidar que el adulto es también un ser desvalido en muchos sentidos y conserva por ello ese mismo anhelo de protección. No se trata así sólo de una repetición de lo que se vivió en la infancia, pues las condiciones de vida —que producen este anhelo— se siguen presentando en el adulto.

El hombre adulto, precisamente porque tiene conciencia, sabe que no puede recuperar el paraíso perdido y que está condenado a vivir con inseguridad y riesgos; que tiene que atenerse a sus propios esfuerzos y que sólo el pleno desarrollo de sus fa-



cultades puede darle fuerza e intrepidez. Es así como el hombre se ve escindido entre dos tendencias opuestas: salir a la luz, la aventura y el riesgo de la independencia, o volver al seno materno, la seguridad y la protección de la dependencia.

Genéticamente, es la madre la primera personificación de la fuerza que lo protege; después puede serlo su familia, nación, religión o partidos políticos; a veces —en las personas más arcaicamente orientadas— la naturaleza misma, la tierra y el mar se constituyen en las representaciones de esa “protección maternizante”. El vínculo incestuoso no es sin embargo únicamente anhelo de amor y protección, sino también y sobre todo, miedo y terror; sentimientos consecuentes más que nada con la dependencia personal vivida, que debilita —en sí misma— el sentido de fuerza propia e individuación.

Deben distinguirse también en este caso distintos grados de apego a la madre; algunos son benignos, como la llamada *fijación a la madre*; y otros malignos, como la denominada *simbiosis incestuosa*.

En el primero se encuentra frecuentemente quien necesita de alguien que lo consuele, ame y admire. Si no consigue estas satisfacciones tiende a sentirse ligeramente angustiado o deprimido, pero no se daña en este nivel el potencial sexual o afectivo, ni la independencia o integridad. De hecho, se puede decir, que en la mayor parte de las personas queda algo de esa fijación a la madre. Cuando se trata en cambio de una fijación intensa, suele presentarse acompañada de conflictos y síntomas neuróticos de carácter sexual y emocional; a veces predominando abiertamente la angustia, la rebelión y la sumisión a la figura maternizante y a veces encubierta: cuando la persona adopta actitudes seductoras narcisistas. El peor crimen que cree cometer el individuo intensamente fijado a la madre es involucrarse, interesarse, sentir amor o ser leal a alguien —hombre o mujer— que no sea la figura materna.



DESARROLLO INDIVIDUAL Y DETERIORO-CRECIMIENTO 151

El nivel más profundo de fijación a la madre es la “simbiosis incestuosa”; la persona simbióticamente adherida a la madre, forma parte de ella como si fuera un “huésped”. No puede vivir sin ella y aun percibiéndola como un ser no real, si ve amenazada esta relación se siente extremadamente angustiada y temerosa; el profundo deseo de perder por completo la personalidad propia y fundirse de nuevo con la naturaleza hace que el individuo llegue a chocar incluso con el deseo de vivir.

Para Fromm, este vínculo con la madre, extremadamente poderoso, se refiere a una experiencia que resulta muy difícil de vivenciar, tanto por la intensidad de que está cargado como por la naturaleza misma de la experiencia. El deseo de ser amado como un niño, de perder la independencia propia, de volver a ser lactante o de estar incluso en el seno materno, así como el miedo a la madre como un ser sobrenatural, omnipotente y omnisciente, son experiencias inefables. El terror que suscitan no puede ser experimentado fácilmente ni mucho menos comunicado a través de las expresiones verbales comunes. Las palabras resultan ineficaces en estos casos; lo que se vive se logra manifestar mucho mejor a través de símbolos míticos, sueños y fantasías. Hablar de “amor”, “dependencia” o de “fijación sexual” resulta casi inútil ante la profundidad y fuerza que conllevan estos fenómenos. El lenguaje adecuado para expresarlos y describir la experiencia real como es vivida interna y secretamente, es otro. Es por eso que el psicoanálisis puede, mejor que ninguna otra disciplina, captarlos, reconocerlos y comprenderlos. En sus formas extremas, estas tendencias conducen a una vida insensata, absurda, opuesta claramente a la razón y la objetividad. Por una parte, el ídolo que se adora en la figura de la madre, se convierte en sagrado y no puede por ello concebirse al respecto una equivocación; esto conduce a no poder sustentar un juicio propio, a tener



que ajustarse a todo cuanto este ídolo estipule o haga sentir que es su deseo. Por otra parte, se experimenta también una imposibilidad para sentir a otros seres como completamente humanos; sólo se sienten así quienes comparten la misma sangre o el mismo suelo y esto anula muy claramente la capacidad de amar, ligándose no rara vez con el narcisismo maligno de grupo.

De hecho, las tres tendencias descritas —*la necrofilia, el narcisismo maligno y la simbiosis incestuosa*— tienden, en los casos extremos, a presentarse juntos, constituyendo el “síndrome de deterioro o decadencia”, cuyo reconocimiento certero y oportuno es de suma importancia. En quien lo padece —nos dice Fromm— está la perversión y la tendencia a arrastrar consigo a quienes están a su alrededor. Conocer la malignidad de la mutilación que padecen es imprescindible para adquirir cierto grado de inmunidad a su influencia patológica. Entender su origen como una deformación patológica y no como una tendencia natural debe llevar a implementar la posibilidad de desarrollo de sus opuestos como la única forma de escapar a la amenaza que representan.

En quienes alcanzan la madurez —dice Fromm— las tres orientaciones contrarias tienden también a confluir, desembocando en el “síndrome de crecimiento”, que significa la máxima realización de que es capaz un hombre: lo opuesto a la necrofilia es biofilia; lo opuesto al narcisismo es la objetividad y el amor; lo opuesto a la simbiosis incestuosa es la independencia y libertad.

Lo más importante que Fromm transmite a lo largo de su obra es una actitud de respeto e interés por el hombre. Sus escritos hacen constantemente un llamado a la cordura, una invitación llena de contenido. Comprende y analiza en profundidad los fenómenos humanos, ofreciendo siempre posibles alternativas de solución hacia el futuro. Así, si estu-



DESARROLLO INDIVIDUAL Y DETERIORO-CRECIMIENTO 153

dia la destructividad, el narcisismo maligno y la simbiosis incestuosa, lo hace con el fin de dilucidar de dónde proviene su fuerza y cuáles son los recursos con los que se puede contar para desarrollar sus opuestos: la razón, el amor a la vida y la libertad. Fromm el científico, el psicoanalista, desea provocar el cambio.